



RAZONES Y HECHOS: RECAPITULACIÓN.

EL PRINCIPIO DEL PRINCIPIO, LA MAYORÍA DE EDAD... MEDIO SIGLO DESPUÉS

Por AMPELIO ALONSO DE CADENAS Y LÓPEZ (*)

En 1987, en respuesta a la invitación del Director de Hidalguía para colaborar en el volumen extraordinario de enero-febrero de aquel año, con ocasión de publicarse el número 200 de la revista, participé con el trabajo «Descendencia, apellidos, Títulos y Grandezas de los Duques de San Carlos, Condes del Puerto, Castillejo y Unión», que comenzaba así:

«Enhorabuena, HIDALGUÍA. Mi felicitación a su Director Fundador, Vicente de Cadenas, por este número 200 de la Revista. Y muchas gracias por tu invitación que, una vez más, me proporciona el placer de colaborar en sus páginas.

¡Cuánto se ha trabajado desde 1953!...

¿Recuerdas el primer éxito de HIDALGUÍA en el Congreso Internacional de Genealogía y Heráldica celebrado en Nápoles? Tenía tan sólo unos meses de vida.

¿Recuerdas —recién fallecido mi padre— tu propuesta para sucederle en el «cargo» de Administrador? Era el número 37, noviembre-diciembre de 1959.

(*) Miembro del Instituto de Genealogía y Heráldica, Medalla XIV; Académico Honorario de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, y Correspondiente de la Academia Costarricense de Ciencias Genealógicas.



AMPELIO ALONSO DE CADENAS Y LÓPEZ

¡Cuántos buenos y malos ratos se han pasado! ¿Recuerdas, Vicente...?»

Pues bien, hoy en el momento de preparar este trabajo, recién nacido el 2009, se cumple en este año el cincuentenario de mi «toma de posesión» del cargo de Administrador de la Revista Hidalguía, como recordaba en la entrada del artículo anterior. Igualmente en el mes de octubre del citado año —yo había cumplido diecisiete— tomaba contacto, se iniciaba mi diaria relación con la Asociación de Hidalgos, comunicación que se ha mantenido ininterrumpidamente hasta el día de hoy.

Por esta conmemoración particular, abusando de la benevolencia de mi buen amigo Faustino Menéndez Pidal de Navascués, actual Director de Hidalguía, voy a dedicar estos folios —reconociendo que su contenido en parte es ajeno a los temas que se tratan en la revista, aunque necesarios en esta personal celebración—, voy a enviar estos folios, decía, *al más allá*, y lo haré no por correo electrónico de uso común actualmente, sino que voy a escribirlos con una pluma muy especial, con la pluma del alma, del sentimiento. Y ello, para intentar explicar hoy, cuando estamos finalizando la primera década del siglo XXI, el nacimiento de la Revista Hidalguía y su significado en la vida de algunas personas.

EL PRINCIPIO DEL PRINCIPIO

Las escenas que vienen a mi memoria se remontan a los primeros meses del año cincuenta del pasado siglo. Estamos en Madrid, en la calle de Atocha núm. 91, domicilio particular de Vicente de Cadenas. Allí, todos los días, disfrutando del café y licores de sobremesa, se reunía un grupo de amigos en las tradicionales tertulias españolas, que todavía seguían celebrándose en algunas casas. Indefectiblemente, acudían Miguel de Codes, Eugenio Sarrablo, Ampelio Alonso Cadenas (padre) y el hermano del anfitrión Francisco de Cadenas (padre) cuando dejaba sus casas de León y venía a Madrid a pasar una temporada. Esta «orquestina» de amigos, lógicamente, era dirigida por Vicente.



Me figuro que los temas de conversación serían los propios de esta clase de tertulias: las incidencias del día, los casos y cosas generales y particulares, las escenas de penuria que verían por doquier —recuerden los que tengan edad para ello la escasez en aquellos años de muchas de las cosas necesarias para el discurrir cotidiano—, y, en fin, también me imagino que la actualidad política de entonces sería otro de los habituales temas sacados a colación en las diarias charlas.

En lo que estoy seguro de no equivocarme es en afirmar la existencia de un tema que comentarían con alguna frecuencia: la hidalguía, los hidalgos, su condición y calidad transmitida de padre a hijos, de la importancia de su proceder en la historia de nuestra patria y de cómo se les recompensó en reconocimiento de sus méritos y virtudes por los beneficios obtenidos por España con su conducta. Y hago esta afirmación por las consecuencias que originó una señal venida de Italia dos años después en el principal protagonista de aquellas tertulias. Ya se entenderá tal aseveración. Era el prólogo del futuro, se estaba gestando «El principio».

No creo caer en la osadía si me atrevo a confirmar que los debates paulatinamente debieron ser más serios y rigurosos, incluso exigentes, de necesidad vital en aquel tiempo para alguno. Hablaban y deseaban revivir una forma de sentir la vida, pretendían recuperar ciertos valores y principios que habían desaparecido o, al menos, no percibían a su alrededor, seguramente a consecuencia de los duros y traumáticos años que muy recientemente habían vivido todos, y España y Europa también y el mundo entero. ¡Maldita década 1935-1945! Período de tiempo que para Vicente de Cadenas fue más exigente y duradero hasta que pudo regresar a su casa después del exilio en Francia e Italia.

Mas volvamos al tema que nos interesa: las reuniones de sobremesa. Aquellos coloquios, los cambios de impresiones, el punto de vista de cada uno sobre la hidalguía y los hidalgos debieron ser tan frecuentes que la conclusión de los mismos, el sedimento y resultado final de los debates tenidos en 1951 y 1952, habían «tomado forma» en el subconsciente de todos.



Una invitación venida de Italia fue suficiente para hacer tangible «El principio del principio». Voy a intentar explicarlo y añadir en este momento, por ser de justicia y merecedor a ello, otro nombre propio a los ya citados anteriormente: Antonio Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa, Marqués de Siete Iglesias. No fue asistente ni tuvo participación en las tertulias de sobremesa, pero desde que conoció a Vicente en la Real Academia de la Historia, hacia 1950, y comprobaron la coincidencia de sus criterios sobre algunos temas, que ambos dominaban y a los que querían dar un carácter científico, el paso del tiempo hizo que su amistad fuera creciendo hasta hacerse entrañable, colaborando el Marqués en muchos de los acontecimientos que habrían de sucederse en las tres próximas décadas.

En 1953 se celebró el II Congreso Internacional de Genealogía y Heráldica en la ciudad de Nápoles (entonces se escribió: «Congreso en el que se busca la continuidad del celebrado en Barcelona en 1929»). La convocatoria del mismo llegó a manos de Vicente y por ende al resto de contertulios. Situados en este punto no me extendiendo en la exposición, tan solo voy a reproducir lo dicho y escrito por Vicente en diferentes ocasiones y tribunas: «Hidalguía nació como consecuencia de la vergüenza que sentí por la inexistencia en España de una Revista de Genealogía y Heráldica, y únicamente ese signo, de patriotismo por encima de todo, la ha presidido y presidirá mientras yo sea su Director».

Cierto. En nuestras múltiples conversaciones sobre los primeros tiempos, en más de una ocasión me comentó la vergüenza que sintió por tener que presentarse en Nápoles con las manos vacías al no existir, en 1953, ninguna publicación rigurosa y de prestigio dedicada a estas Ciencias Auxiliares de la Historia. Consideraba una indignidad asistir al Congreso en representación de España y no poder exhibir una muestra de los estudios, investigaciones y trabajos aquí realizados.

Faltaba más de medio año hasta septiembre, mes de la celebración. Algunos de los temas a tratar en el mismo habían sido ampliamente debatidos en las tertulias de sobremesa, seguidas de otras reuniones en las que se estudiaron las mate-



rias con más atención y detenimiento, y se fijaron ya las diferentes secciones de la futura obra. Con un considerable y último esfuerzo, en los meses de abril-junio de 1953 se publicó el primer número de la Revista Hidalguía. Había concluido «El principio del principio» y se iniciaba un nuevo, desconocido, ilusionante y largo recorrido...

LA MAYORÍA DE EDAD...

Entre la primera época y el final de la segunda, se fueron sucediendo una serie de acontecimientos, primero culturales, que sirvieron de trampolín para la consecución de otros objetivos más ambiciosos, en este caso también benéficos, asistenciales y, más tarde, de marcado carácter social que, en el transcurso de los años, nos han conducido a la realidad actual. La fórmula para ello ha sido muy fácil y conocida: trabajo, trabajo y trabajo. Según mis recuerdos los hechos se fueron produciendo así.

Creada Hidalguía, la primera piedra ya estaba puesta. Vicente dejaba la batuta de la «orquestina» y pasaba a ser «arquitecto ocasional». Los demás contertulios, también ocasionalmente, se convirtieron en aparejadores, maestros de obra y fieles guardianes de la realidad que acababan de inaugurar. Ninguno de ellos, ¡ninguno!, podía imaginarse entonces lo que habían empezado, el enorme edificio que se levantaría sobre aquella primera piedra.

La Revista Hidalguía, como cualquiera gran obra, necesitó para nacer y crecer la ayuda de un grupo íntimo de personas. Según lo escrito por su fundador y director, los primeros en permanecer indiscutiblemente unidos a Hidalguía fueron su tío Vicente de Castañeda y Alcover, su hermano Francisco de Cadenas y Vicent, y su primo Ampelio Alonso Cadenas; seguidos inmediatamente por sus entrañables amigos Eugenio Sarraablo Agualeles, Manuel de Aranegui y Coll y Antonio Vargas-Zúñiga, Marqués de Siete Iglesias, que se habían fundido materialmente en la génesis de la revista.



Otro grupo imprescindible para que Hidalguía continuara siendo una notoria realidad fueron los colaboradores. A ellos, a sus trabajos, que llenaron asiduamente de fructífero contenido las diferentes secciones de la revista, su fundador en repetidas ocasiones, tanto con la palabra como con la pluma, les dio muestras de su profunda gratitud.

En el comentario sobre este grupo no puedo, desafortunadamente, citar los nombres propios de los que con su conocimiento y trabajo dieron vida a sus páginas. Serían cientos y cientos, muchísimos amigos, que excederían ampliamente la intención al escribir estos folios y me harían caer, seguramente, en el riesgo de dejar alguno en el olvido.

No obstante, en reconocimiento y por ser justo llamar la atención sobre los que dieron su apoyo en aquellos momentos, voy siquiera a dedicarles este párrafo para que conste la importancia que tuvieron en el mantenimiento y prestigio de la revista, y, para ello, nada mejor que comprobar el número y categoría intelectual de los colaboradores relacionados en el interior de la portada del primer número. Entre el Duque de Alba, Presidente de la Real Academia de la Historia, y Florentino Zamora, Jefe de la Sección de Revistas de la Biblioteca Nacional, primero y último de los relacionados, hay sesenta y seis nombres de personas doctas e ilustradas. Entre uno y otro figuran Académicos de la Lengua, de la Historia, de la de Ciencias Morales y Políticas y de la de Jurisprudencia y Legislación; Embajadores de España; Rectores, Decanos y Catedráticos de Universidad; Directores de la Biblioteca Nacional y de la Central de Barcelona; Directores del Archivo de las Reales Chancillerías de Valladolid y Granada, y del Archivo de Simancas; Abades, Arcedianos y Sacerdotes; Abogados, Archiveros, Arqueólogos, Arquitectos, Bibliotecarios, Doctores y Licenciados, Escritores, Historiadores, Investigadores, Médicos, Militares... personajes de aquel tiempo en los campos del saber y la cultura, primeras figuras algunos de ellos, a quienes acompañaban otras personalidades de Europa e Hispanoamérica. A su contribución y conocimientos se deben en parte los premios conseguidos por Hidalguía, el primero a los seis meses de nacer, en el citado



Congreso Internacional de Nápoles, y los cinco restantes, nacionales e internacionales, conseguidos entre 1955 y 1969.

Pero vayamos paso a paso, volvamos a 1953 e imaginemos a Vicente en su nueva misión y labores de arquitecto, como ya he señalado anteriormente. Continuó trabajando y reuniéndose con el grupo de incondicionales para disfrutar del café y licores de sobremesa en el mismo lugar, en su casa de la calle de Atocha 91. Allí hablarían con seguridad de lo conseguido y también, lógicamente, de los nuevos proyectos a ejecutar. El éxito obtenido con la «primera piedra» había logrado aglutinar a su alrededor un mayor y más preparado número de personas. Aparecían nuevas ideas, aumentaban las propuestas, queríanse conseguir nuevos objetivos y así, entre todos, en un año finalizaron los cimientos del edificio. Habían colocado la última de las pilastras en las que apoyar los muros de otros estudiados proyectos, que muy pronto serían nuevas realidades.

En febrero de 1954 Hidalguía anunciaba la fundación y constitución en Madrid, con carácter provisional, del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica, cuya Junta Directiva había elegido por unanimidad como Presidente a Vicente Castañeda y Alcover, y como Secretario General a Vicente de Cadenas y Vicent.

La primera planta del edificio ya estaba sobre los cimientos. Ahora era necesario llenar de provechoso contenido las nuevas salas y reunir a otro grupo de personas que se ocuparan de orientar de forma clara y seria los estudios de genealogía, heráldica y demás disciplinas, que habían motivado la fundación del Instituto Internacional. Y lo consiguieron, lo hicieron muy bien. Fueron verdaderos maestros en todas las enseñanzas y temas de que se responsabilizaron.

Al mismo tiempo Ediciones Hidalguía iba engrasando «sus máquinas» y de ellas nacieron dos obras emblemáticas de la editorial. La primera, *El Arte del Blasón* (3.^a edición) de Vicente Castañeda, y la segunda el *Diccionario Heráldico* de Vicente de Cadenas, muy importante trabajo que en la actualidad agota su sexta edición.



En septiembre, la Junta Directiva del Instituto ofreció la Presidencia a S.A.R. el Infante Don Fernando de Baviera y de Borbón, quien, aceptándola, tomó posesión de la misma en octubre, mes en que también vio la luz la «Hoja Informativa», publicación que recogía las noticias de interés y relacionadas con sus disciplinas, siendo designado Miguel de Codes para la dirección de la misma.

Habían terminado de elevar el primer piso del edificio y seguían trabajando en los planos de la siguiente ilusión, el más grande e importante proyecto de los que hasta entonces habían concebido y, consecuentemente, necesitaban subir una nueva planta. ¡Y qué gran piso consiguieron!

Como en toda buena casa, la segunda planta es la noble, aquélla en la que se sitúan las habitaciones más importantes. Pues eso hicieron, construir la principal. Siguieron reuniéndose, realizando entrevistas, intercambiándose ideas y analizando con rigor todas las posibilidades, llegando finalmente a la decisión de que era el momento preciso de llevar a la práctica lo deseado tantas veces saboreando café y licores en las tertulias de sobremesa y lo que, más tarde, también habían defendido desde las primeras páginas de la revista: constituir una asociación desde la cual seguir trabajando en defensa del resurgimiento de la Hidalguía y de los verdaderos valores del Estado Noble.

El editorial del número siete, octubre-diciembre de 1954, anunciaba el nacimiento de la Asociación de Hidalgos, Infanzones y Noblezas de España el 13 de noviembre de 1954. El primer párrafo, decía: «Bajo la común aspiración de conservar la tradición española y de que no se pierda el recuerdo y el nombre de Hidalgo, esta tarde nos hemos reunido aquí para constituir una Asociación que acoja a todos los que tengan tal calidad, plasmando en la realidad el propósito más calificado de la Revista Hidalguía».

En el último párrafo del citado editorial, por encargo de la Comisión organizadora, Vicente de Cadenas ofrecía la Presidencia de la Asociación a S.A.R. el Infante Don Fernando de Baviera y de Borbón.



Otra vez lo habían logrado. En año y medio, aproximadamente, los muros y paramentos de la planta principal habían sido levantados, completamente terminados. Si acaso, faltaban pequeños detalles de decoración que dieran lustre a la concluida y sólida estructura.

Lógicamente, desde la aparición del primer número de Hidalguía y el nacimiento de la Asociación, el grupo de incondicionales había ido aumentando con la incorporación de otras personas identificadas con el propósito y fines de ambas, la gran mayoría colaborando mucho y bien, unos con su quehacer personal en la gestión, otros con el pensamiento y la pluma, y todos para procurar instaurar en el mundo nobiliario español y en la sociedad que les tocó vivir, los tradicionales valores representados por la Hidalguía. Por ello, en estos momentos de la narración, considero necesario mencionar a otros compañeros merecedores de nuestro recuerdo: Barón de Cobos de Belchite, Marqueses de Lede y Zayas, Barón de Benasque, Fidel y Valentín Dávila, Jesús Larios, Manuel de Aranguí, Faustino Menéndez Pidal, Marqueses de Desio, Lacy y Vargas, Conde de Monerrón, Luis de la Campa...

El Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica acordó celebrar en Madrid, en octubre de 1955, el III Congreso Internacional de dichas Ciencias. Y lo celebraron. Fue un éxito total, tanto por la aportación de las representaciones oficiales asistentes —catorce países europeos solicitaron estar presentes— como por el número y categoría personal de los congresistas que se reunieron, participando los más destacados y notables valores de la Genealogía, Heráldica y Derecho Nobiliario universales.

Testigo vivo e ilustrativo de tal encuentro fue la publicación de un volumen, con más de setecientas páginas, que recopiló en sus idiomas originales las comunicaciones y conclusiones más importantes de aquellas jornadas de trabajo.

Como recuerdo personal señalo que, años después, seguiría el eco del éxito obtenido en aquel Congreso, situación que particularmente producía gran contento al que fuera su Presidente, José Antonio Sangróniz, Marqués de Desio, así como al resto de los organizadores.



Después de la grata experiencia de aquella reunión internacional y la considerable difusión del citado volumen, las «rotativas» de Ediciones Hidalguía se aplicaron con buen ritmo en la impresión de nuevas obras. En un plazo mínimo nació el primer tomo (2.^a edición) de la *Sala de los Hijosdalgo*, catálogo de todos sus pleitos, expedientes y probanzas, del Archivo de la Real Chancillería de Valladolid. En dos años, 1955 y 1956, lo hicieron los cuatro tomos de Alfredo Basanta de la Riva, y el Director de la Revista publicaba tres obras: *Términos, piezas y figuras de la armería* (1955), *Caballeros de la Orden de Alcántara que efectuaron sus pruebas de ingreso durante el siglo XIX* y *Títulos del Reino concedidos por los Monarcas carlistas* (1956).

En el Instituto Internacional se crearon dos comisiones integradas por colaboradores de Hidalguía y miembros de la Asociación que, de inmediato, se apresuraron en poner al día sus trabajos e investigaciones. La primera, coordinada por Vicente de Cadenas, publicó las dos ediciones que existen del *Índice nobiliario español*, y la segunda, presidida por el Barón de Cobos de Belchite, hizo lo propio con el primero de los cuatro volúmenes que integraron la colección *Armería y Nobiliario de los Reinos españoles*, conjunto de trabajos agotados en las librerías hace muchos años. Estaban cumpliendo con uno de los objetivos más importantes entonces de la Asociación: las publicaciones.

En este momento voy a resaltar un hecho que debió producirse en esta época y el motivo de hacerlo es por la novedad del mismo en Hidalguía y la Asociación. Me refiero a la presencia en tareas y proyectos de ambas del hijo de uno de los integrantes de «El principio del principio». Efectivamente, Francisco de Cadenas (hijo) se sumaba al grupo de colaboradores en la consecución de objetivos soñados por aquéllos. Era el primer «segundo eslabón de la cadena».

En tanto que la relación de libros editados aumentaba y su contenido era fuente documental para todos los interesados en el fomento de los valores tantas veces expuestos y defendidos, los inspiradores de estos seguían haciendo proyectos para con-



vertir otros de sus sueños en la tercera planta del edificio común.

En los primeros días de 1956 la revista anunciaba, una vez más, que el Instituto Internacional promovía la creación de una Corporación española de estudios Genealógicos, Heráldicos, Nobiliarios y Jurídicos, el Instituto «Luis de Salazar y Castro», dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, una de nuestras realidades que más fruto ha producido en los campos de la enseñanza y formación.

Pocas fechas después celebró la primera sesión el nuevo Instituto, se aprobaron sus Estatutos y realizadas las votaciones para elegir la Junta Directiva, entre sus miembros resultaron electos José Antonio Sangróniz, Marqués de Desio, como Presidente y Faustino Menéndez Pidal como Secretario.

Al tiempo que en estas necesarias Instituciones, se trabajaba igualmente en otras parcelas de menor entidad pero muy necesarias para ir cerrando el círculo de los fines de la Asociación. El primero en dar ejemplo y mostrar su generosidad fue Manuel de Aranegui, que costeaba una «Bolsa de estudios» para que la Junta Directiva la adjudicara entre los aspirantes a ingresar en el Seminario Diocesano de Vitoria, recayendo el beneficio de la misma en un compañero de la Asociación.

Ésta, en cumplimiento de lo dispuesto en sus Reglamentos, también creaba en el último trimestre de 1957 un considerable número de becas para estudiantes de bachillerato y ampliación de estudios en España y en el extranjero, dotadas éstas con 5.000 y 6.000 pesetas respectivamente.

De inmediato la revista lo hacía con el premio que lleva su nombre, «Hidalguía», para galardonar una obra inédita relacionada con cualquiera de las disciplinas que en ella se trataban. Fue convocado en enero-febrero de 1958 y se premiaba con 5.000 pesetas y la publicación de la obra. En ese año Francisco de Cadenas (hijo) era el Secretario de Redacción.

La participación diaria de nuevos colaboradores se apreció en la editorial. Su actividad facilitó la publicación de nuevos títulos y en este tiempo, entre otras, aparecieron dos obras im-



portantes: *Caballeros de la Orden de Montesa y de Santiago que efectuaron sus pruebas de ingreso durante el siglo XIX*, ambas de Vicente de Cadenas. A la vez se preparaban varios libros más de éste y de otros autores.

Seguidamente a los meses citados fue elegido Presidente de la Asociación Cristóbal Colón de Carvajal, Duque de Veragua. Después de la alegría por su incorporación a las tareas directivas, se producen desgraciadamente las primeras ausencias significativas entre las personas que habían sido indispensables para el desarrollo de la labor e ideas de los integrantes de «El principio del principio». En Hidalguía, Instituto Internacional y Asociación de Hidalgos se sintió una profunda tristeza por los fallecimientos del Infante Don Fernando, primer Presidente de nuestras Instituciones, y de Vicente Castañeda, que con sus acertadas opiniones y amplios conocimientos fue apoyo esencial para el Fundador-Director de la revista que le consideraba el mejor heraldista español de su tiempo.

En 1959 se informa del nacimiento de la «Gacetilla del Estado de Hidalgos», medio de comunicación de y para los asociados, que aparecía en un principio con periodicidad trimestral, siendo nombrados Jesús Larios como Director y Francisco de Cadenas (hijo) como Secretario. En sus páginas, haciendo el relevo a la Revista Hidalguía y cumpliendo lo dispuesto en los Estatutos de la Asociación, se continuaría publicando la justificación de ingreso de los nuevos miembros, requisito que perdura hasta el día de la fecha, para mantener abierta la revisión de la prueba, particularidad genuina del Estado Noble y que se quería preservar.

Para el mantenimiento de esta norma y, posiblemente, abrir un nuevo período de crecimiento, había llegado el momento de entrar en los archivos y sacar del olvido el contenido de su documentación. Empezaba el tiempo de las grandes colecciones. Era necesaria la publicación rigurosa de los datos existentes en los legajos para demostrar y denunciar la fantasía o falsedad imperantes en ciertas épocas y poder seguir discrepando contra la insaciable vanidad de algunos que originó en otros el deseo por el «dinero fácil».



La Asociación dio el primer paso publicando el tomo I del Padrón de Estado en 1959, recogiendo en sus páginas las pruebas de ingreso de los 281 primeros asociados; en años posteriores, obligados por el número de nuevos miembros, fueron apareciendo sucesivos volúmenes, hasta el quinto, con gran cantidad de datos genealógicos y nobiliarios, facilitando la labor de los investigadores por recoger los lugares, parroquias, archivos y fechas que constan en los expedientes. Ingente trabajo llevado a cabo durante muchos años por Francisco de Cadenas (hijo).

El paso siguiente fue dado por el Instituto Salazar y Castro que inició en el mes de abril, una vez obtenida la oportuna autorización del Ministerio del Ejército, el papeleteo, catalogación y edición de los expedientes personales del Archivo General Militar de Segovia. De esta monumental obra se publicaron entre 1959 y 1963 nueve volúmenes, más de 4.000 páginas, relacionándose alfabéticamente todos los Generales, Jefes y Oficiales así como los soldados y suboficiales que tuvieran la calificación de «Nobles». El más importante índice aparecido hasta el momento de militares españoles en los siglos XVII, XVIII y XIX, que reúne datos de 800.000 expedientes entre los que figuran varios millares con información genealógica, heráldica y nobiliaria de militares de naciones europeas que sirvieron bajo banderas del ejército español. La dirección del trabajo la llevaron Federico Heredero, Director del Archivo, y Vicente de Cadenas, Numerario del Salazar y Castro.

Y llegó el mes de agosto de 1959. Permítaseme en este momento un breve descanso en la narración de los hechos y dedicar algunas líneas a un acontecimiento que tuvo de inmediato gran trascendencia personal. No voy a referirme a una nueva creación o éxito sino más bien a todo lo contrario. El día 24 de dicho mes fallecía mi padre, Ampelio Alonso Cadenas, una dolencia cardiaca nos privaba de su presencia. La Voluntad Divina había dispuesto que un integrante del grupo «El principio del principio», el primero de ellos, abandonara nuestro mundo. No podría seguir disfrutando de los cafés y licores de sobremesa, ni asistir a las diarias reuniones que fueron ori-



gen de un gran número de felices realizaciones culturales y asistenciales llevadas a cabo hasta aquel momento. La Asociación perdía a uno de sus miembros y activo colaborador y la Revista Hidalguía se quedaba sin «su» Administrador, el primero y único desde su creación.

Por la fecha de fallecimiento es fácil comprender que los amigos, compañeros y también algún familiar estuvieran ausentes de Madrid y de España. Eso le ocurrió, entre otros, a Vicente de Cadenas, que se enteró del acontecimiento unos días después cuando pudimos localizarle en su itinerario de verano.

Dando muestra de la relación fraternal que había tenido con mi padre, de regreso a su casa una vez finalizadas las vacaciones, se puso en contacto con mi madre para informarse de la situación familiar, dejando constancia de su interés por el futuro inmediato de los hijos de su primo. La conclusión que recuerdo de aquellas conversaciones es la petición que me transmitió mi madre diciéndome: «Vicente quiere hablar contigo, ve a verle a su despacho». Y fui. Y hablé con él. Y tomé también café en la famosa sala de las tertulias. Y le conté mis planes y obligaciones académicas y... entrando en acción su peculiar personalidad tomó una determinación, decidió sobre mi futuro: «Por las mañanas vas a la facultad y por las tardes te vienes conmigo al despacho. Ahora que falta tu padre no puedes perder el tiempo». Y siguió comentándome lo que esperaba de mí: «Aquí tienes que venir a aprender, aprender y aprender. Y cuando lo hayas conseguido a trabajar, trabajar y trabajar».

Imagínense la escena aquéllos que recuerden la figura de Vicente de Cadenas hace cincuenta años. Y piensen en la mía que no había cumplido los dieciocho. Al final de aquella larga reunión dijo algo que me vino a la mente repetidas veces en el regreso a casa: «Y si lo haces bien sucederás a tu padre como Administrador de Hidalguía». Y así sucedió. Sin darme cuenta entonces, había sido protagonista de una característica de su personalidad: «Los amores y desamores» hacia otras personas en muy corto espacio de tiempo por algo bien hecho o por cualquier contradicción. Épocas posteriores me hicieron testi-



go de ambas situaciones, respecto a otros compañeros de la Asociación, en no pocos casos.

Fuera por la Voluntad Suprema, fuera por el destino que cada uno tenemos señalado, el resultado de aquella conversación mantenida en el mes de septiembre de 1959 marcó mi vida, ha ido dejando huellas según pasaban los cincuenta años que estos recuerdos conmemoran. Pero esto ya es parte de la historia general, volvamos a ella.

Mi incorporación a las actividades de Hidalguía y la Asociación fue inmediata. Todas las tardes acudía a la calle Atocha 91, piso 4.º, domicilio de Vicente y donde estaban instaladas las oficinas. En los despachos, anexos al suyo, coincidimos por primera vez Francisco de Cadenas (hijo) y Ampelio Alonso (hijo). Ya éramos dos «segundo eslabón de la cadena» los incorporados al trabajo común, habiéndolo hecho él cuatro años antes y desempeñando en aquél momento ocupaciones de cierta responsabilidad.

El número 36 de Hidalguía, septiembre-octubre de 1959, dedicó sus primeras líneas al fallecimiento de mi padre. El Director hizo referencia a su bonhomía y a su corazón, y a cómo éste, al estallar en su pecho, le impidió seguir favoreciendo con aquélla a los demás. Agradecí a Vicente en vida su comentario y vuelvo a reconocérselo ahora.

Por el número de obras publicadas y fundamento de las materias en ellas tratadas, uno de los primeros objetivos de la Asociación se había conseguido plenamente. Era la ocasión de llevar a buen puerto otro de sus fines primordiales, la enseñanza. El número 37 de Hidalguía informaba de la fundación de una Escuela de Nobiliaria con el auspicio de la Asociación de Hidalgos en colaboración con el Instituto Salazar y Castro (C.S.I.C.). Con esta decisión se satisfacían las aspiraciones culturales y doctrinales de ambas Instituciones. La Junta Directiva, en 30 de diciembre de 1959, tomó el acuerdo de crear oficialmente dicha Escuela y determinó ya las materias que serían impartidas en los cursos de Grado, Licencia y Diploma.

¡Qué enorme acierto fue su institución! ¡Cuánto se les debe a los profesores...! En reconocimiento a su labor docente es-



toy obligado a recordarles: Antonio Vargas-Zúñiga, Marqués de Siete Iglesias, Director; Jesús Larios Martín, Vicedirector; Francisco de Cadenas y Allende, Secretario (1960-1964); Julio de Atienza, Barón de Cobos de Belchite; Vicente de Cadenas y Vicent, Manuel Raventós Noguer y Conrado Morterero Simón. Años más tarde se incorporaron como profesores auxiliares Adolfo Barredo de Valenzuela, también Secretario desde 1964 hasta su clausura, Angel Toscano de Puelles, Manuel Manrique de Lara Velasco, Eduardo Pardo de Guevara y Valdés y Margarita González Cristóbal. Lógicamente en el mes de junio de 1960 se celebró la clausura del Curso de Grado en el salón de actos que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas tenía dispuesto para el «Salazar y Castro» y otros Institutos.

De aquel acontecimiento recuerdo las palabras pronunciadas por el Marqués de Desio, premonitorias del éxito que habría de conseguir la Escuela por las numerosas promociones que salieron de sus aulas, destacando en su intervención el interés e incremento que iban tomando los estudios de la Genealogía, Heráldica y Nobiliaria y su importancia como Ciencias auxiliares de la Historia, el Derecho y la Sociología, manifestando, también, su utilidad para el mantenimiento y desarrollo de la Comunidad Hispánica.

El primer curso fue un éxito total. Entre asistentes y no asistentes se acercaron al centenar los alumnos que fueron declarados aptos en la convocatoria de junio. Repasando la relación encuentro nombres merecedores de ser citados en este momento en consideración al trabajo que han realizado posteriormente en favor de la Escuela, Hidalguía y la Asociación. Para no extenderme sobre los mismos, voy a narrar de forma telegráfica la aportación de tres de ellos: Adolfo Barredo de Valenzuela, Hidalgo, quiso tanto a la Escuela que fue alumno, profesor y durante muchos años, hasta su clausura, Secretario; asiduo colaborador de Hidalguía; miembro del Consejo Asesor de la Asociación y, después de su fallecimiento, declarado Benemérito de la misma. Manuel Manrique de Lara y Velasco, que había ingresado en la Asociación meses antes de aprobar el curso, profesor de la Escuela también; colaborador



de Hidalguía y en la actualidad miembro del Consejo Asesor. Por último, Francisco López-Nieto y Mallo, Hidalgo, Patrono del Colegio Mayor en 1981, Premio Ana de Orleans 1990, miembro electo de la Junta Directiva en los años 1987-1995 y 2001-2004, coordinador de las jornadas de Protocolo y Diplomacia organizadas por la Comisión de Cultura en 2008 y actualmente miembro del Consejo Asesor. Muchos años después y en diferentes Asambleas, los tres fueron distinguidos con las «Hojas de roble» para acolar a los mandobles, en reconocimiento del trabajo desarrollado en beneficio de la Asociación.

Sirvan estos ejemplos para resaltar el definitivo impulso que recibieron los intereses generales de la Asociación con la ayuda prestada por docenas y docenas de alumnos. No solo porque un apreciable número de ellos -sobrepasaron el millar de matrículas- presentaron pruebas nobiliarias de ingreso y aumentasen de forma considerable la cifra de asociados, sino que, una vez adquiridos o ampliados sus conocimientos, los trabajos dignos de publicarse en las páginas de Hidalguía se multiplicaron varios dígitos y el número de libros editados también. Otros se comprometieron con los futuros proyectos sociales y sirvieron de apoyo a los que, afortunadamente, tanto desde instituciones privadas como públicas pudieron dar la definitiva e imprescindible ayuda, para convertir a nuestra Asociación en una de las más importantes Corporaciones Nobiliarias de España y del mundo. Y todo ello, no se olvide, bajo la dirección de Vicente de Cadenas. Pero vayamos despacio, no adelantemos el futuro.

En la vida de la Escuela no todo fue positivo. Como en cualquier otro centro de enseñanza y formación, cientos de alumnos una vez terminados los estudios desaparecen en el anonimato, y algún grupo, afortunadamente minoritario, encauza lo aprendido por caminos sinuosos, aplicando mal su saber y haciendo peor uso del diploma o título conseguido. En este caso, algunos prefirieron dedicarse al halago de vanidades ajenas y a la falsedad ¡dinero fácil!, circunstancias tantas veces combatidas desde Hidalguía y la Asociación por ser completamente opuestas a los principios y valores defendidos por ambas.



AMPELIO ALONSO DE CADENAS Y LÓPEZ

El mayor éxito editorial de 1960 fue la obra *Apuntes de Nobiliaria y nociones de Genealogía y Heráldica*, compilación de las lecciones pronunciadas por los profesores del Curso de Grado. Años después fue necesaria una nueva edición, ¡cuántos ejemplares de esta obra se han vendido! También fue muy reconocida la reimpresión de *Los Títulos Nobiliarios y su regulación legislativa en España* de Manuel Taboada Roca, Conde de Borrajeiros, autoridad jurídica del momento en esta materia.

En la VI Asamblea de la Asociación, celebrada en Madrid en el mes de octubre, en la sesión del día 24 leyó su ponencia "Colegio de Hidalgos" el Barón de Cobos de Belchite. Quiero significar este hecho por la magnífica realidad surgida de las discusiones sobre dicha ponencia tres años después.

El último número de *Hidalguía* del año avisaba del comienzo, el día 8 de noviembre, del Curso de Licencia de la primera promoción y el de Grado de la segunda. ¡Qué fundamental curso para mí! Recuérdese en este momento uno de los comentarios de Vicente de Cadenas en la entrevista que tuvimos en su casa recién fallecido mi padre: «Aquí vienes a aprender, aprender y aprender». Había llegado el tiempo de hacerlo y para ello me matriculé en el Curso de Grado de la segunda promoción. Difícilmente podía imaginar entonces la importancia de tal decisión, el feliz resultado por los conocimientos adquiridos y lo que éstos me servirían en adelante para colaborar en la publicación de muchos de los títulos editados por *Hidalguía* al pasar por mis manos la mayoría de ellos, dedicando especial atención a la obra de Vicente y un particular esmero en la producción propia.

Para concluir las realizaciones de 1960 y ultimar los comentarios sobre la Escuela, subrayo el acuerdo tomado por la Junta Directiva de la Asociación, en diciembre de dicho año: «A propuesta de dicha Junta, el Marqués de Desio, Director del Salazar y Castro, ha designado Director de la Escuela de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria de Barcelona al miembro Numerario y Profesor de la Escuela de Madrid Jesús Larios Martín». Por primera vez se ampliaba el horizonte de nuestras



enseñanzas a otras ciudades de España. Más tarde se extenderían también a las de Italia. Jesús Larios en Barcelona contó con la colaboración de Armando de Fluviá y Escorsa y Pedro Voltes Bou como profesores de la Escuela y de José Gómez del Moral como Secretario de la misma.

Por lo conseguido en el último año se deduce la gran actividad habida en todos los ámbitos, trabajo hábilmente distribuido por el «arquitecto ocasional» desde su atalaya de la Secretaría General, consiguiendo que cada uno aportara lo que sabía y podía según sus posibilidades, tanto desde los círculos privados como públicos, y siempre dando ejemplo. Al frente de cualquier planteamiento y del trabajo estaba persistentemente él, obteniendo, además, magníficos resultados con la Revista y la Editorial Hidalguía.

Durante los años 1961, 1962 y 1963 los despachos de las tres plantas del edificio común estuvieron en permanente eferescencia, resolviéndose en cada uno los asuntos de su interés. En la primera, los responsables del Instituto Internacional se ocupaban de preparar y difundir la Hoja Informativa, de asistir y participar en los diferentes Congresos Internacionales celebrados en distintos países, de convocar y resolver los concursos anuales de publicaciones y sus premios, etc. Disfrutado el verano de 1963, los miembros del Instituto recibieron la grata noticia de haber sido aceptada la Presidencia del mismo por el Infante Don Alfonso de Borbón-Dos Sicilias, Duque de Calabria y Jefe de la Casa de Borbón-Dos Sicilias, a quien le había sido ofrecida por su Junta de Gobierno.

En la segunda planta, el Secretario General de la Asociación pensaba en todo y hacía mucho, motivando a los que estábamos a su alrededor y aún a los que permanecían lejos, para que lo conseguido se consolidara y lo que estaba en proyecto fuera pronto una nueva realidad. En esta planta principal se preparaban la Gacetilla, la convocatoria anual de becas para distintos niveles académicos, los concursos de prensa, algún seminario de estudio, las catalogaciones, se recibían y analizaban los informes emitidos por las diferentes comisiones y la Junta de Probanza trabajaba mucho. En tres años ha-



bían aprobado más de mil expedientes de ingreso, acercándose en diciembre de 1963 la Asociación de Hidalgos a los mil seiscientos miembros. En este tiempo también se pensó en crear y poner en funcionamiento un «Montepío Nobiliario», un «Economato» y una «Cooperativa». ¡Qué tiempos aquéllos, todavía! Por último, en esta planta noble se preparaba la celebración de la Asamblea anual en la que la Junta Directiva exponía los logros conseguidos, los fracasos habidos, si fuera el caso y las futuras metas a conquistar. Entre éstas, ya tenían muy avanzado el estudio y decidida la construcción de la próxima «gran obra».

En la tercera planta los responsables del Salazar y Castro y «su» Escuela de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria daban impulso a las clases en el Consejo donde el claustro de profesores se afanaba en la enseñanza de las diferentes disciplinas.

En junio de 1963 recibí el Diploma que acreditaba mi aptitud en los tres cursos. Ya era diplomado y conmigo dos promociones completas, un centenar y medio de alumnos, varios ya implicados en el ámbito concreto de Hidalguía o en los generales de la Asociación, otros que lo harían inmediatamente y alguno durante toda su vida, por lo que considero pertinente recordarles en este momento: Marquesa de Aguilar de Campoo, Jaime Bugallal y Vela, Barón de Covadonga, José Antonio Delgado Orellana, José-Abdón Díaz de Noriega y los Marqueses de Valdeguerrero y Zayas, de la primera promoción, y Luis de la Campa Martínez, María Teresa Fernández Mota —Presidenta de las Damas de la Asociación de Hidalgos durante muchos años— y el Marqués de Jaureguizar, de la segunda.

La Revista Hidalguía continuaba siendo el órgano de expresión general, no sólo por la doctrina nobiliaria que emanaba de sus editoriales, sino por la calidad y rigor de los trabajos enviados por los colaboradores sobre las más diversas materias: Archivos y Bibliotecas, Genealogía, Heráldica, Historia, Jurisprudencia y Legislación Nobiliaria, Órdenes Militares, Maestranzas y Corporaciones, Pruebas de Nobleza ante las Reales Chancillerías y Audiencias, Títulos Nobiliarios...

La editorial seguía con el buen ritmo de los primeros tiem-



pos y en estos años continuó la publicación de los tomos del Padrón de Estado y del Archivo General Militar de Segovia, aumentando los volúmenes de su catálogo con media docena de títulos sobre muy diferentes temas de Vicente de Cadenas, que ya preparaba un gran repertorio de blasones, y otros notables trabajos de Antonio Matilla Tascón, Manuel de Aranegui y Coll y Francisco de Cadenas Allende. Pero recuerdo que el mayor éxito editorial del momento fue el Tratado de Genealogía, Heráldica y Derecho Nobiliario, que recogía las lecciones de los profesores del Curso de Licencia, obra que tuvo y tiene una gran demanda entre los interesados en aquellas ciencias que ha hecho necesaria la publicación de tres ediciones.

Es preciso, otra vez, hacer mención a dos situaciones de signo opuesto. La primera, muy grata, hacer notar la incorporación de nuevos compañeros identificados e ilusionados con los fines de la Asociación: José de Castro Gil, Alfonso de Gabriel, Luis Legaz Lacambra y Fray Justo Pérez de Urbel que, con su ayuda en la gestión, adelantaron en el tiempo la llegada a soñadas metas, acompañados por los Tenientes Generales Cavanillas Prósper, González de Mendoza y Roldán Lafuente, y los Generales Bonal Sánchez, Juste Iraola, Martín-Montalvo y Olivé Magarolas, que merecen este recuerdo no solo por los motivos citados, sino también por una gran labor de proselitismo entre sus compañeros de armas, que consiguió entre todos aumentar en varios cientos el número de Generales y Jefes del Ejército Español que se sumaron a nosotros. También al Conde de Borrajeiros, eminente jurista de Derecho Nobiliario y años más tarde Presidente del Consejo Asesor, y al Conde de Villarreal y al Marqués de Somosierra, ambos ingresados en 1961, con altos cargos en la Asociación durante muchos años y el primero su Presidente en la actualidad.

La otra situación, penosa para la memoria, es dejar constancia de los fallecimientos de Manuel Cencillo de Pineda, Conde de Pernía, ilustre jurista nobiliario, colaborador de la Revista Hidalguía desde el primer número, fundador del Instituto Internacional y Tesorero del mismo; de Mariano de Foronda, Marqués de Foronda, Presidente del I Congreso de Barcelona



en 1929, también miembro del Instituto y de la Asociación; del Capitán General Fidel Dávila Arrondo, Marqués de Dávila, que fuera Vicepresidente de esta en el momento de su constitución y, por último, de Eugenio Sarrablo Aguarales, uno de los mejores y más sinceros colaboradores de Hidalguía, espigador nato en los fondos documentales de diferentes archivos y finalmente en el Histórico Nacional, «su casa», donde fue uno de los puntales más firmes de la investigación. Amigo entrañable, consejero eficaz e integrante de «El principio del principio», siendo el segundo miembro del grupo que nos abandonaba.

Ya he comentado que en la VII Asamblea de la Asociación, celebrada en 1960, el Barón de Cobos de Belchite había leído su ponencia «Colegio de Hidalgos» —señalando el germen nacido en los debates sobre la misma— y que, antes del verano de 1963, la Junta Directiva y el Patronato elegido al efecto tenían muy avanzado el estudio y tomada la decisión de sacar adelante la próxima «gran obra», consistente, esta vez, no en levantar una nueva planta del edificio común, sino en algo mucho más importante: construir un inmueble independiente, un Colegio Mayor Universitario en terrenos de la Complutense de Madrid.

En esta oportunidad el compromiso fue trascendental por muy diversas razones y debido a ello, seguro, las dificultades, las visitas, los pasos adelante y hacia atrás, los viajes, los pesares y las alegrías que hubieron de sufrir, mucho más frecuentes que en ocasiones anteriores.

Todo se había iniciado con una visita a Fray Justo Pérez de Urbel, Abad Mitrado del Monasterio del Valle de los Caídos. Le siguieron otras en dependencias monacales y en Madrid, llevándoles al convencimiento de que podían construir el colegio en una parcela que le había sido ofrecida a Fray Justo. Sueños muy pronto volatilizados por la imposibilidad de conseguir la cesión de dichos terrenos. Afortunadamente, no mucho tiempo después, gestiones conducidas con paso seguro y firme por Luis Legaz Lacambra, a la sazón Subsecretario del Ministerio de Educación, hicieron posible ver convertidos en realidad los citados sueños y deseos.

El número 60 de Hidalguía daba la noticia sobre la «Cons-



titución del Patronato y planos del Colegio Mayor de la Santa Cruz, de la Asociación de Hidalgos» e informaba que la Junta Directiva había designado a los responsables de ocuparse de la construcción y sucesiva dirección del colegio, siendo elegido como Presidente Fray Justo Pérez de Urbel e integrándolo los siguientes Patronos: Miguel de Codes Herrero, Alfonso de Gabriel y Ramírez de Cartagena, Wenceslao González Oliveros, Angel González de Mendoza y Dorvier, Luis Legaz Lacambra, José Antonio de Sangróniz, Marqués de Desio y Manuel Ta-boada Roca, Conde de Borrajeiros, junto con los Vocales natos del mismo: Marqués de Siete Iglesias, Vicente de Cadenas, Marqués de Zayas, Manuel de Aranegui y Antonio Olivé.

En la primera reunión del Patronato se aprobó el anteproyecto para la construcción del colegio, realizado por el arquitecto Miguel de Codes Herrero y cuyos planos, para conocimiento general, se reprodujeron en la Gacetilla y en Hidalguía, en cuyas páginas se hizo una exposición muy clara de las grandes líneas a seguir entre sus muros: un especial cuidado del espíritu colegial, el fomento del estudio en la comunidad estudiantil y una atención singular a su educación cívica, tan necesaria y olvidada en la convivencia humana. La información concluía con el siguiente párrafo: «La pretensión de la Asociación de Hidalgos es que los colegiales, que lo frecuentan, se adornen de cuantas dotes elevadas de espíritu encierra y se recuerdan cuando se invoca la palabra Hidalguía».

El 23 de octubre de 1963, dentro de los actos de la IX Asamblea, Luis Legaz Lacambra procedió a la colocación de la primera piedra del Colegio Mayor. Decisivo momento que me obliga a una mención y reconocimiento especial a Manuel de Aranegui, «protector» de la Asociación no obstante haber sido declarada insolvente. Estaba tan identificado con sus fines, creía tanto en el éxito final, que se brindó como «aval» del Colegio Mayor Universitario Marqués de la Ensenada al decidir, siendo Presidente de la Diputación de Álava y por su cargo también de la Caja Provincial de Ahorros, facilitar el crédito preciso para su construcción. Cantidades muy importantes de dinero que, no se olvide, fueron las primeras en generar nue-



vos recursos para que, años después, se pudieran emprender nuestras grandes obras sociales.

A partir de aquel acontecimiento, es fácil entender que gran parte del esfuerzo común se dedicara al control, verificación de las obras y feliz término de las mismas. Fueron tiempos excitantes, de gran nerviosismo para alguno, que no impidieron a los responsables de las demás Instituciones seguir trabajando en sus objetivos, reconociendo que la gran preocupación, durante más de dos años, fue el colegio, que absorbió muchas energías, especialmente del Secretario General. No obstante, se continuaba el estudio de nuevos proyectos que poder sumar a la gran realidad ya iniciada, como muy pronto se comprobará.

A principios de 1964 fallecía en Madrid el Presidente del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica, S.A.R. el Infante Don Alfonso de Borbón-Dos Sicilias, Duque de Calabria y Jefe de la Casa Real de las Dos Sicilias. Si el infortunio nos había privado de su presencia, una coincidencia sobrevenida unos meses después siempre ha llamado mi atención y por ello voy a recordarla. En el mes de mayo la Junta Directiva aprobaba en sesión extraordinaria el expediente núm. 1.746 correspondiente al Hidalgo Francisco Franco Bahamonde, que obviamente reunía en su persona la Nobleza de Mérito y de Cargo, pero también la de Sangre al «Ser segundo nieto de quien hizo información de Nobleza en El Ferrol (La Coruña) en 1794». Al mes siguiente, el día 15, la Junta Directiva en otra sesión extraordinaria celebraba la incorporación de S.A.R. el Serenísimo Señor Príncipe Don Juan Carlos de Borbón y de Borbón-Dos Sicilias, con el expediente núm. 1.770. ¡Qué casualidad!, coincidían su ingreso en la Asociación de Hidalgos y la construcción del Colegio Mayor en los terrenos cedidos por su abuelo el Rey Don Alfonso XIII para fundar la Ciudad Universitaria.

Para que no resulte prolijo y farragoso el relato del día a día de tanta actividad hasta la inauguración del colegio, voy a recordar sucinta y cronológicamente los hechos y novedades editoriales que a mi juicio lo merecen.

Respecto a estas últimas, aparecieron, entre otros, los siguientes títulos: *Grandezas y Títulos del Reino concedidos por*



S.M. *el Rey D. Alfonso XIII*, de Julio de Atienza, Barón de Cobos de Belchite; *Nobiliaria extranjera*, de Francisco de Cadenas Allende; *Repertorio de Blasones de la Comunidad Hispánica*, de Vicente de Cadenas (muy interesante trabajo éste que fue y sigue siendo una de las más completas colecciones de Heráldica, dedicándose cinco años en la publicación de sus diecisiete volúmenes —libros y fascículos— y del que guardo muy grato recuerdo por originar la aparición en Hidalguía de mis primeras reseñas bibliográficas). Por último, de este mismo autor, la obra *Índice de apellidos probados en la Orden de Carlos 3º. Antecedentes de otros que se conservan en sus expedientes*, con más de treinta mil apellidos incluidos y que sería el índice de los trece tomos de *Caballeros de Carlos III. Extracto de sus expedientes (1771-1847)*, publicados años más tarde por Vicente de Cadenas y Vicent.

La Junta de Gobierno del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica y Federación de Corporaciones afines, a propuesta del Salazar y Castro, ofrecía la Presidencia del mismo a S.A.R. Don Carlos de Borbón-Dos Sicilias y Borbón-Parma, Duque de Calabria y Conde de Caserta, que tuvo la deferencia de aceptar y suceder a su augusto padre.

La Junta Directiva no cesaba en su estudio de los informes emitidos por las diferentes Comisiones, destacándose, entre ellos, la aprobación del relacionado con la construcción de las Casernas de la Ruta Jacobea, en recuerdo de las fundadas por la Orden de Santiago en Navarra, Logroño, Burgos y Santiago de Compostela. Fue tan grande el interés despertado que la Escuela y la Asociación organizarían coloquios sobre «La Orden de Santiago y la Ruta Jacobea» y, poco tiempo después, la Junta Directiva elevaría a Patronato la Comisión de Casernas.

También se designaron Comisiones para que realizaran el preceptivo dictamen sobre la construcción de una Residencia-Casa de Reposo y de un Colegio Menor. Igualmente, se constituyeron otras nuevas para el estudio económico, organización y funcionamiento de la Casa-Museo de la Hidalguía y una gestora que realizara los trámites obligados para la construcción del Colegio Mayor femenino «Condesa de Bureta». Desafortu-



nadamente, tras años de gestión y esfuerzo, ninguna de estas cuatro ilusiones saldría adelante, continuarían siendo dictámenes, estudios económicos, trámites obligados... ¡Imposible tener éxito en todo!

La última iniciativa, en 1964, fue la creación de una Secretaría para la formación de expedientes de ingreso en la Asociación, designando a Adolfo Barredo de Valenzuela para Secretario. En esa fecha éramos ya dos mil asociados.

Por la trascendencia que tuvieron muy poco tiempo después, merecen ser recordados dos hechos ocurridos en aquel año. El primero, la feliz decisión de Manuel de Aranegui de presentar a Vicente de Cadenas y a Luis Coronel de Palma en el despacho de éste en la Confederación Nacional de las Cajas de Ahorro. ¡Qué tres personajes de la Asociación! ¡Qué importante fue el encuentro! A partir de ese momento el Secretario General remediaría muchas de sus preocupaciones y la Asociación tendría apoyo económico para terminar algunos de sus proyectos y empezar a pensar en las deseadas obras sociales. Luis Coronel de Palma, desde 1964, año de su ingreso, fue uno de los indispensables miembros de la Asociación de Hidalgos.

El segundo hecho fue la estancia del Teniente General Arturo Roldán Lafuente en Santiago de Compostela. Había sido nombrado Capitán General de Galicia y, gracias a sus gestiones, el Ayuntamiento tuvo a bien vender a la Asociación los terrenos para la Caserna por un precio simbólico.

Si el número 60 de Hidalguía, septiembre-octubre de 1963, daba la noticia de la «Constitución del Patronato y planos del Colegio Mayor», el número 74, enero-febrero de 1966, abría su información comunicando la «Bendición del Colegio Mayor Universitario Marqués de la Ensenada» por Fray Justo Pérez de Urbel, Abad de la Basílica del Valle de los Caídos y Presidente de su Patronato.

Otra vez más lo habían conseguido. Y ahora no se trataba de elevar una nueva altura al edificio común, como he comentado con anterioridad, sino de construir un inmueble independiente capaz de albergar a 250 universitarios. Hecho memorable